

## Semana Nacional de la Migración: Un recordatorio de nuestro deber en dar la bienvenida al extranjero

Reverendísimo Salvatore J. Cordileone, Arzobispo de San Francisco  
Columna del Arzobispo, *Catholic San Francisco*, 11 de enero de 2018

En el año 2003, los obispos católicos de los Estados Unidos y México emitieron una histórica carta pastoral en conjunto acerca de la inmigración, “Ya No Somos Extranjeros: Juntos en el Camino de la Esperanza.” El título es inspirado por San Pablo, quien en el segundo capítulo de su carta a los Efesios dice: “...Ustedes ya no son extraños ni forasteros. No, Ustedes son conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios.” Él está escribiendo aquí a los cristianos gentiles de Éfeso quienes habían sido “excluidos” del pueblo de Dios, ya que ellos no eran miembros del pueblo escogido de Israel. Pero ahora Dios se ha revelado a todas las personas y ha dado a todas las naciones acceso de pertenencia al pueblo de Dios a través del sacrificio de su Hijo Jesucristo en la Cruz. Entonces, aunque antes los Efesios habían estado “fuera” del pueblo de Dios, ahora ellos han sido “acercados” porque ellos han aceptado esta revelación y han regulado sus vidas conforme a ello.

Eso fue hace quince años. Yo era un nuevo obispo en ese momento y me sentí muy inspirado por la visión pastoral audaz y creativa de mis colegas mayores en el episcopado, una visión cuyo ímpetu vino de una reunión de los obispos católicos de las diócesis a lo largo de la frontera entre México y Texas. En el año 2000, escribieron una carta a los presidentes de las Conferencias de Obispos Católicos de México y los Estados Unidos expresando su preocupación por la pérdida de vidas y la destrucción de la vida familiar como resultado de las políticas y prácticas de inmigración existentes.

Para mí, al ejercer mi ministerio en San Diego, otra diócesis fronteriza, pude ver de cerca la necesidad de una reforma migratoria y la tragedia humana que resulta de nuestro fracaso por lograrla. De hecho, una de las primeras invitaciones pastorales que recibí como obispo auxiliar fue para celebrar Misa en un cementerio en el Valle Imperial para los que estaban enterrados allí. Las tumbas no estaban marcadas. Tenían que serlo. El cementerio era para aquellos que habían muerto intentando ingresar a los Estados Unidos a través del desierto. Sus cuerpos fueron encontrados, sin identificación. Había más de 200 víctimas enterradas en ese cementerio en ese momento.

Esperaba en ese entonces que, a estas alturas, nuestra nación habría llegado a una solución factible para la difícil situación de aquellos que buscan asilo o refugio o tratan de inmigrar a nuestra tierra de una manera que logre justicia para todos los involucrados. En cambio, lamentablemente, el problema continúa creciendo, y aparentemente se ha agravado especialmente en este último año, con muchos de nuestros amigos, vecinos, parientes, compañeros de trabajo y con feligreses viviendo con el temor de ser separados de sus familias en cualquier momento dado, temerosos de que cualquier pequeño paso en falso o encuentro inoportuno, pueda resultar en la privación de medios de vida y de sus seres queridos. Las personas no deberían tener que vivir en las sombras y el miedo, ni deberían arriesgar sus vidas

para llegar a un lugar donde puedan encontrar trabajo honesto para mantener a sus seres queridos.

Durante casi cincuenta años, la Iglesia Católica en los Estados Unidos ha celebrado la Semana Nacional de la Migración, que se celebra del 7 al 14 de enero de este año. Esta semana es una oportunidad que la Iglesia nos brinda para reflexionar sobre las duras circunstancias que enfrentan los migrantes de todo tipo, como inmigrantes, refugiados, menores no acompañados y otros niños, y víctimas y sobrevivientes del narcotráfico. Es un recordatorio para todos nosotros del deber que nos incumbe como cristianos de asumir la responsabilidad de los que sufren de nuestro sistema de inmigración roto. Como nos recuerda San Juan Pablo II en su Encíclica *El Evangelio de la Vida*, sí, todos somos el guarda de nuestro hermano y hermana. Por lo tanto, le pediría a nuestra gente católica que haga dos cosas para honrar la Semana Nacional de Migración, es decir, dos cosas que no solo debe hacer durante la Semana Nacional de Migración, sino hacerlas para poner en práctica el significado de esta semana en sus vidas durante todo el año.

Antes que nada, para aquellos que no están bien informados sobre las enseñanzas de la Iglesia sobre la migración, les pido que lo hagan. Si bien es cierto que algunas decisiones políticas se incluyen dentro del ámbito de los juicios prudentiales, también existen principios morales básicos que siempre deben respetarse si se quiere lograr justicia para los migrantes y para los países donde se intenta ingresar. Es importante que nuestra gente entienda lo que nuestra Iglesia enseña sobre este tema tan crítico y oportuno, que proporciona la razón fundamental para el tipo de políticas que defendemos. Un buen punto de partida sería obtener una copia de [\*Ya No Somos Extranjeros\*](#) y leerlo completamente. Otra información está disponible en la sección de [inmigración](#) en el sitio web de la USCCB.

En segundo lugar, este importante cuerpo de enseñanza de la Iglesia no debe permanecer solo en nuestra cabeza. Detrás de cada historia de inmigrantes hay una experiencia humana muy real y conmovedora, y en ocasiones trágica. La inmigración es un problema que, tal vez más que cualquier otro, se ve muy diferente cuando se le puede poner un rostro humano. Como ha declarado el Papa Francisco, "cada migrante tiene un nombre, un rostro y una historia". Es imperativo que todas las personas nativas de nuestro país conozcan a inmigrantes y migrantes, y escuchen sus historias. Cada uno de nosotros en este país tiene una historia de inmigración en algún lugar del linaje de nuestras familias, por lo que en justicia no debemos ver al inmigrante recién llegado en nuestro medio como "el otro" o, peor aún, una estadística, sino prestar atención y cuidar de ellos. Y como cristianos, tenemos el llamado aún más elevado de dar la bienvenida al extranjero como Cristo mismo, porque él se nos revela a través de ellos: "Fui... extranjero y me recibiste" (Mt 25:35).

La enseñanza de San Pablo en su Carta a los Efesios es de un pueblo, reconciliado entre sí en Cristo, y por medio de Cristo reconciliado con Dios el Padre. Es una visión de pueblos dispares que encuentran nueva paz y unidad entre ellos a través de la revelación de la acción salvadora de Dios. Entonces, ya no son extraños entre sí, ni a los que fueron antes que ellos en la fe y ahora

comparten la plenitud de la vida en el Reino de Dios. Esto significa, por lo tanto, que si queremos ser el pueblo de Dios, no podemos permitir que las diferencias sean causas de división y hostilidad. Más bien, debemos dar la bienvenida a personas de todas las culturas e idiomas como hermanos y hermanas.

Para terminar, además de todo lo demás, quisiera pedir a todos que recordemos, sobre todo, de orar: orar por aquellos que sufren penurias buscando un nuevo hogar, ya sea como inmigrantes o como refugiados; orar especialmente por las víctimas del tráfico humano; y orar por una solución permanente que conduzca a una reforma justa, equitativa e integral del sistema de inmigración de nuestra nación.